

I LOVE ISLAM

PATRIZIA FINUCCI GALLO

OBERON

Título original: *I love Islam*

Primera edición: 2012

© 2010 Newton Compton editori s.r.l.

© de la traducción: M.P.V., 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9877-818-2

Depósito Legal: SE. 3636-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
PRIMERA PARTE. ISLAM <i>LIFE-STYLE</i>	
Cuando las prohibiciones brillan	17
1. La revuelta de la aguja, del hilo y de los ojos rasgados	21
2. <i>Muslim style</i>	29
3. Sexo e Islam	67
4. El hombre que mira	97
5. Las nuevas asociaciones literarias: las islamantes	125
6. Los <i>burquini</i> de Aladino	141
SEGUNDA PARTE. FE, AGUA Y JABÓN	
El estilo <i>charia</i>	153
1. La mujer <i>halal</i>	155
2. Las fundamentalistas	169
3. Las mártires	185
TERCERA PARTE. LAS EUROMUSULMANAS	
La llamada de la conversión y de la modernidad	195
1. Amina Wadud o el orden interior	197

2. Barcelona, por las ramblas de la conversión	203
3. Ámsterdam: de paseo con <i>niqab</i>	211
4. La Inglaterra de los <i>Islam-shop</i>	221
5. Zurich, la conversión tiene el perfume de una rosa	253
6. Francia, el <i>burqa</i> de las cronistas y de los secuestradores postales	263
7. Sofía, donde había buenos vecinos	277
8. Estambul, la necesidad de la pluralidad	285
CONCLUSIÓN	301
AGRADECIMIENTOS	305

A mi hijo Alessandro y a Roberto

PRÓLOGO

HAY UNA HISTORIA QUE OS QUIERO CONTAR. UNA mañana de hace ya unos años una joven amiga, no mi mejor amiga pero de todos modos una persona a la que quería mucho, me reveló por fin lo que le había ocurrido. Él, el verdadero, había llegado. No montado sobre un corcel blanco, como había imaginado desde pequeña, sino conduciendo un *Mini Minor* color verde esmeralda. Fue precioso verla alegre y resplandeciente. Ella me miraba y parecía ir como un tren, mientras anunciaba triunfal la fecha de la boda. Tenía los ojos brillantes y la sonrisa dulce. El rímel se le caía por las mejillas sonrojadas por los coloretos, que iban a tono con el traje de seda del mismo color. Todo saldría perfecto, de eso estaba segura. Como era perfecta ella, con su vida burgués, su familia acomodada y su infancia dorada, que había vivido entre la alta sociedad. Pero cuando le pregunté el nombre del esposo pronunció una extraña palabra, un sonido gutural, como si de repente se le hubiera puesto la voz ronca. Vamos, una vibración que desentonaba en aquel rostro de cuento.

—¿Cómo?

—Fikret, se llama Fikret. Si vieras qué guapo es.

Esto sí que no me lo esperaba. No me lo podía creer. ¿Cómo podía ser que Caterina se enamorara de un extranjero? Y no de un inglés o de un americano. Ni siquiera de un holandés, un francés o un belga. No, de un turco.

Él era un musulmán turco, con la piel oscura y el pelo negro, que sonreía desde su foto en el Bósforo. Y ella, que del islam no sabía nada, me rogó aquella tarde que le comprara algún libro.

—Sólo para entender algo —me dijo— sobre la religión de mi futuro marido. Ya sabes, me conoces, que no me gusta que se vea que no estoy preparada. Y meterme de lleno con el Corán me parece bastante complicado.

Le expliqué que sería oportuno, más bien, informarse sobre las leyes turcas, sobre los derechos de las mujeres en caso de divorcio, sobre la custodia de los niños y de otras cuestiones legales. Luego le recomendé que fuera a hablar con un abogado, que le redactaran un contrato para salvaguardar sus propiedades personales. Vamos, que evitara tener en un futuro feás sorpresas. Fue como consecuencia de este último consejo, supongo, que decidió no invitarme a su matrimonio. Me sentó mal, pero no le presté mucha más atención.

Pero cuando esta misma historia se repitió con mi mejor amiga, salté de la silla inmediatamente. La noticia era verídica, oficial, definitiva: Rita se casaría en breve con un argelino. No busqué razones, pero al instante abrí todos mis contactos existentes en mi cabeza para lograr comprender. Recuerdo que llegué a pensar incluso que se

trataba de una epidemia amorosa. Me metí también en internet para entender algo, buscando repetidas veces la palabra *conversión*, y leí por completo todos los correos que habían sido enviados a los principales blogs temáticos.

De esta forma encontré la de una joven simpática que decía que había tenido un primer contacto en el lugar de trabajo con algunos colegas islámicos, y que luego una amiga suya la había llevado a la oración de los viernes. Una noche la lección se había centrado sobre la muerte y entonces ella había entendido que no podría morir sin haberse convertido primero en musulmana. Otra explicaba sus motivos indicando que su interés hacia el islam había comenzado en los primeros años del colegio, durante la hora de religión, y que sólo ahora, con cuarenta años, había madurado la idea de una conversión. Una tercera había comenzado una relación y había deseado conocer la religión de su amado, por lo que se había dedicado a leer el *Quran Al Karim*. Precisamente ella, que terminaba su carta diciendo: «Espero que Alá perdone todos mis pecados y me deje convertirme en una buena musulmana», fue la que más perpleja me dejó.

Comencé a realizarme una serie de preguntas: ¿qué es lo que encuentran las mujeres en los hombres islámicos? ¿Qué les llama la atención del islam? ¿Y por qué muchas lo prefieren a las bonitas campanas de la Pascua primaveral?

Sólo tras estas reflexiones fue cuando me di cuenta de que había llegado el momento de buscar respuestas a estos interrogantes.

PRIMERA PARTE
ISLAM *LIFE-STYLE*

Quando las prohibiciones brillan

ERA UN MIÉRCOLES 17 DE SEPTIEMBRE, A MEDIA NOCHE y veinticuatro minutos, cuando Rita se encontraba frente al mar. Entre ella y Fouad no había sólo una cuestión de olas: diría más bien de fe. Que fuera creyente era algo adquirido, si bien ostentaba hacia el catolicismo como estilo de vida una cierta idea de sufrimiento. Contaba que tenía sobre ella el mismo efecto que un chicle en su aparato digestivo: se mastica mucho pero nunca te sacia. Por eso, cuando Fouad le preguntó si se convertiría para poder casarse con ella, Rita no mostró ninguna duda. Es más, le pareció incluso que se trataba de una señal del destino. En el fondo, pensaba, Dios es siempre el mismo. De una esquina a la otra de la tierra, aún en un idioma diferente, se entenderían. O quizás se encontrarían un día, en alguna parte. Y así le explicaría a este dios que los sacerdotes no marcaban de forma exacta las reglas de la vida. El imán, en cambio, sí. Él sabía lo que tenía que hacer en cualquier circunstancia. Y en estos tiempos hablar con un guía espiritual es algo importante. Este cam-

bio la llevaría a estar en un estrecho contacto con sus necesidades evitándole el largo y fatigoso camino de la búsqueda individual.

Así apartó la mirada de la última ola, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta blanca, cogió el móvil y llamó a Fouad.

—He hecho el ramadán —le comunicó a quemarropa—, para intentar estar cerca de ti, y me ha gustado. Aquel gesto a él le pareció algo bello y le contestó que quería estar con ella durante toda su vida, que muy pronto la llevaría a Argelia para que conociera a toda su gran familia. Luego irían a ver a su hermana, la que vive en Calais y que no lleva el velo, que está divorciada y vive ella sola con un hijo varón. Esa que no gusta tanto a la familia. Él no se había alineado en contra de la decisión de abandonar al marido, si bien a Rita —y esto lo sabía muy bien— no se lo permitiría jamás. Entonces, después de haberse despedido del pequeño Jacques, se marcharían en una nave hacia Dover para ver los arrecifes blancos grabados en las bonitas postales que Malika le enviaba en los días de fiesta.

Cómo se desarrollará su matrimonio todavía es muy pronto para decirlo, pero la última vez que la vi me pareció feliz. Por aquel entonces había dejado de fumar, y pocas veces se quedaba con nosotras para tomar un aperitivo. Aquella inquietud latente en todos sus comportamientos, que había hecho que todos la apreciáramos durante nuestros años universitarios en Bolonia, había desaparecido por completo. En su lugar se había abierto camino una

mirada inusual, casi humilde se podría decir. Pero quizás era sólo una sugerión. Aunque aquel pañuelo de alegres colores en el bolso era, según me confesó un día, «para cuando me sirve. Lo llevo encantada». Eso me dejó todavía más sorprendida. Y desconcertada cuando me escribió en una tarjeta navideña *I love Islam*, que acompañaba una tarta *halal*, es decir, preparada siguiendo los preceptos de la religión musulmana para que fuera lícita, expresamente para mí.

Desde que Rita no viene ya al aperitivo de los jueves nuestro grupo se ha quedado en seis: Colla, Wanda, Monica, Meggie, Tamara y yo. Es como si de repente nos hubieran amputado un tentáculo. Rita era la más activa: organizaba la velada, proponía fiestas, excursiones, muestras, una bebida en un cierto local que acababa de encontrar dando vueltas durante una tarde completa por la ciudad... Se vestía en la tienda de Tamara, y se endosaba ciertas prendas que nosotras ni siquiera soñábamos. Se gastaba todo su sueldo en sombreritos de época y bolsos *vintage*. Recuerdo un viejo modelo «Roberta de Camerino» de 900 euros que incluso mi abuela, en la época en la que salió, habría descartado. Pero ella no, lo vio en una tienda de ropa de firma de otra época y no paró hasta que lo compró medio minuto después, coronando aquel encuentro de amor con una romántica pasada de la tarjeta de crédito. Lo llevó muchísimas tardes seguidas (algo que jamás había hecho antes con otros bolsos) meciéndolo sobre sus piernas como si fuera un recién nacido. En contadas ocasiones lo apoyaba, y cuando lo hacía era únicamente encima de la mesa, jamás en una silla de un bar. «Es

necesario mantener el respecto», decía. Tanto lo amaba que nosotras terminamos por mostrar una cierta deferencia.

Siempre pensé que la obsesión de Rita hacia la ropa y los accesorios sedaba en ella una cierta rabia hacia el sexo masculino, culpable de no prestarle suficiente atención. Pero cuando una noche, inesperadamente, llegó a nuestra mesa con una luz diferente, la misma que emana cualquier mujer poseída por el amor y por la felicidad, pensamos con asombro: a ella también la hemos perdido. Pocos aperitivos después se despidió definitivamente.

Esta noche he leído a las chicas la tarjeta de felicitación que me envió hace ya un año. La usaba como marcador de un libro y por casualidad la había encontrado de nuevo.

—Esperemos que todo le vaya bien. He sabido que a las mujeres en Argelia no es que las traten muy bien —insinúa Meggie, que de entre todas nosotras es aquella que inspecciona con más éxito el universo masculino. El musulmán, sin embargo, todavía le queda inexplorado.

—Es verdad, pero él vive en Italia y será diferente —responde Wanda.

—Tu historia, la cultura en la que naces, no se olvida —interviene Colla de repente, con un tono premonitorio.

Quizás mis amigas tengan razón: el pasado no se olvida. Por eso me pregunto, ahora que Fouad conduce los autobuses en la ciudad occidental, se ha comprado un piso en un barrio burgués, ha asumido la responsabilidad de Rita y de todos sus bolsos, ¿cuánto de ello pertenece todavía a Argelia?

LA REVUELTA DE LA AGUJA, DEL HILO Y DE LOS OJOS RASGADOS

CADA VIGILIA DEL 8 DE MARZO OCURRE SIEMPRE LO mismo en Argelia. Los grupos armados de los fundamentalistas lanzan un ultimátum a las mujeres que se manifiestan por la calle sin velo y que encima salen a la calle todavía más maquilladas y provocativas que de costumbre. Se pintan las uñas con colores brillantes, oponiendo la irreverencia a las duras reprimendas de los fundamentalistas que, en los años noventa, desencadenaron una verdadera persecución. «La mujer es vigilada en los colegios, controlada en los barrios: está atemorizada por las milicias paramilitares islamistas y es invitada a no viajar si no va acompañada»¹.

Para las hijas de la revolución, acostumbradas a otra forma de vivir, se prospectaron tiempos durísimos. El Frente Islámico de la Salvación llegó a asesinar a las peluqueras, a las esteticistas, y boicoteó cualquier elemento que estuviera relacionado con el cuidado personal. *Reisla-*

¹ Alessandro Aruffo, *Donne e Islam*, DataneWS, Roma, 2000.

mizar quería decir anular la identidad de las mujeres, mortificar su cuerpo, esconder cualquier rastro de seducción. Y fue en cambio la dedicación a una misma, de forma continua y constante, contra cualquier dictado, perpetuada a escondidas y silenciosamente dentro de las paredes domésticas, la que ha servido para mantener un cierto control sobre la propia existencia. Como a los presos, un cerrojo que choca cada día contra la piedra dura para recordar el tiempo que hay, que pasa. Así durante seis años seguidos, desde 1992 hasta 1998.

Hoy las cosas han cambiado un poco. Las argelinas llenan los bares en los barrios de moda, se ríen del *apartheid* sexual y las profesionales son clientas frecuentes de los salones de belleza. En la ciudad de Mascara, que curiosamente recibe el mismo nombre que el conocido cosmético que las mujeres usan para tener unas pestañas larguísimas, la mirada resulta cada vez menos furtiva.

Si lo pensamos bien, es curiosa la forma en que un sencillo botecito de esmalte, repudiado por el más acérrimo movimiento feminista de los años setenta, se haya convertido para las mujeres musulmanas en el emblema de la afirmación, y para los fundamentalistas en una dimensión que hay que exorcizar y anular. En Arabia Saudí, cuenta la escritora somalí Ayaan Hirsi Ali, «sólo por llevar las uñas pintadas se terminaba con los huesos en prisión, donde te metían las manos en un saco lleno de escarabajos²». El esmalte usado por las mujeres argelinas, y escondido bajo el

² Giulio Meotti, «La schiava nera s'è fatta infidel», *Il Foglio*, 8 de febrero de 2007.

burqa por las afganas, más de una vez ha representado la libertad.

«Las mujeres de Rawa que se marchaban de Pakistán para entrar en Afganistán, arriesgando su vida, controlaban siempre, antes de ponerse los zapatos, que las uñas de los pies estuvieran pintadas con colores brillantes, con los esmaltes que los talibanes habían prohibido. Pies que nadie podría ver, pero ellas sabían que así desobedecían»³.

Hace años, en la localidad italiana de Viareggio, conocí a Zoya. Acababa de publicar su primera obra titulada *Zoya, mi historia*⁴, donde hablaba de sí misma y de su experiencia en el interior de Rawa, la asociación revolucionaria de las mujeres afganas. Con algo más de veinte años, era diminuta, se movía con lentitud, y cuando sonreía lo entendía sólo por el corte más oblicuo de los ojos, ya que tenía el rostro cubierto, «por seguridad» me explicó inmediatamente.

—No me pueden encontrar. Sin el velo podrían reconocerme y vivo en peligro todos los días —contaba con pasión sobre su papel de militante, y subrayaba la urgencia y la necesidad de defender al pueblo afgano destrozado por la violencia y por el analfabetismo. Se conmovió hablando de su madre, también ella activista, que como tantas otras mujeres, con fuerza y testarudez, hacía cualquier cosa para que la vida diaria bajo los talibanes pare-

³ Ivana Trevisani, *Il velo e lo specchio*, Baldini Castoldi Dalai, Milano, 2006, p. 13.

⁴ Zoya con John Follain e Rita Cristofari, *Historia de Zoya*, Circe, 2002.

ciera algo más normal. Las afganas, si bien víctimas del régimen, ejercían su libertad dentro de las paredes de su propia casa y bajo el *burqa*, donde escondían los ojos pintados y la melena bien peinada.

Mientras estoy escribiendo abro su libro, de más de doscientas páginas testimoniales. En sus propias palabras, resume que «a pesar de los intentos de los talibanes de aplastarla sobre el polvo, la feminidad permanece, un valor al que muchas mujeres siguen apegadas»⁵. Muchas de las jóvenes que conocía bajo el *burqa* llevaban un poco de maquillaje o de perfume y frecuentaban los salones de belleza clandestinos. Sobre todo las jóvenes esposas que, para el día de la celebración, querían estar bellísimas, incluso bajo el gobierno de los talibanes. Lo absurdo era que en las tiendas los cosméticos se encontraban, pero la ley prohibía su uso. Incluso pintarse las uñas podía costar castigos terribles. Me llamó la atención ver a la hija joven de una amiga de Rawa pintarse las uñas con una tonalidad rosa muy fuerte.

—¿Pero no es peligroso? —me atreví a preguntarle con un hilo de voz.

—¿Y qué es lo que debería hacer? ¿Dejar de vivir porque ellos están ahí? Si quieren pegarme, que lo hagan —me respondió. Me quedé sin palabras.

Sabía que a algunas mujeres que habían sido localizadas con el esmalte en las uñas, los talibanes habían sido capaces de cortarles las puntas de los dedos. También para Zoya, acostumbrada a arriesgar la vida encubierta, traba-

⁵ *Ibidem*.

jando en el campamento de prófugos de Peshawar en Pakistán, el cosmético se convertía en un mensaje político.

«El *burqa* me pesa encima como una sábana fúnebre. El sol de junio hace que sude, la tela se me pega sobre la frente húmeda por el sudor. Ese poco de perfume que me he puesto, mi pequeño acto de rebelión, se evapora»⁶.

En noviembre de 2001, pocos días después de la caída del régimen talibán, la feminista Soraya Parlika organizó la primera manifestación contra el *burqa*. Doscientas mujeres se encontraron bajo su casa en Kabul y de forma escénica se liberaron del mismo.

Pero dos años más tarde encontramos a las mismas mujeres censurando de por vida a Samadzai, miss Afganistán 2003, culpable por haber participado a *miss* mundo con un bikini rojo prohibido, según Parlika, no sólo por el islam sino también por la tradición de su país.

En Irán, en cambio, se trata de una historia de remiendos. Cada año el chador presume de transformaciones. Negro y oscuro después de la revolución de 1979; con vivos colores, corto y dibujado a medida encima de las jóvenes en la ciudad de Teherán hoy en día. Cómplices las madres de esta nueva generación, que no tienen ganas de ver a sus propias hijas con ese velo que, después de la revolución islámica de Jomeini, se han visto imponer, a pesar de las afirmaciones iniciales dadas por el Gobierno. Por eso las señoras de hoy, armadas de aguja e hilo, le declaran la guerra a los centímetros de los abrigos, acortan el borde de los pantalono-

⁶ *Ibidem*.

nes, invierten en *jeans* y *leggings* y acompañan a las hijas a las *boutiques* de la ciudad, donde las dependientas muestran velos suaves de firmas y les enseñan a anudarlos de la forma más original.

Mientras tanto aquellos jóvenes que tienen veinticinco años, como Yashar, de padre ingeniero rico por los negocios con el petróleo, te dice muy serio que «el problema más grave de Teherán hoy es encontrar una joven de dieciséis años todavía virgen. Hedonistas a la moda, viven muy bien independientemente del régimen político. Su libertad la compran con dinero, como unas gafas de moda o un bolso de Prada»⁷.

No es que los guardianes de la moralidad y la policía para la represión del vicio las dejen actuar. Es más, el riesgo de quedar arrestadas está siempre a la vuelta de la esquina, pero si comenzó la caza de los maniqués mal ocultos algo querrá decir. Quizás es más fácil cortarle los pechos a las mujeres de plástico con la excusa de que excitan a los hombres, como ha documentado muy bien la joven directora de cine iraní Firouzeh Khosrovani, que asustar a una «milicia» femenina armada de pintalabios y de libros con los que estudiar.

Y es que las madres saben que la verdad está en los pupitres del colegio. Y se complacen enormemente cuando sus jóvenes hijas, con las uñas pintadas de blanco o de rojo fuerte, los colores que van más, o del verde de Musaví después de los movimientos que se produjeron contra la

⁷ Roberto Di Caro, «Le mille e una Teheran», *L'espresso*, 15 de marzo de 2010.

reelección de Ahmadinejad a la presidencia, hojean las páginas escritas por la poetisa iraní del siglo XIX Tahereh Qurratu'l-Ayn. Porque Tahereh, por haber enseñado a leer y a escribir a las mujeres más humildes, fue asesinada en 1853 con el mismo velo que se negaba a llevar por el jefe de la policía del Sha.